

Ejemplo de esto es que al recordar un discurso que hemos oído, nos ocurre la fisonomía del que lo pronunció, las circunstancias del local, las de las personas que se hallaban presentes, y lo mismo puede decirse de cualquier otro suceso que recordemos. Esta clase de asociación de ideas se llama fortuita y casual. La asociación fundada en las relaciones que existen entre las cosas se llama lógica y racional, y ésta es la más importante, porque á ella se debe el caudal de nuestra ciencia. Comparando diversos objetos entre sí, descubrimos sus semejanzas y desemejanzas, la analogía que existe entre ellos, y así las ideas adquiridas se fijan con orden y método en la memoria. se sistematizan los conocimientos, y se conservan con facilidad para cuando se necesitan, mientras que la memoria fundada en asociaciones casuales, divaga entre diversas ideas presentadas á la mente al acaso, y no puede proporcionarnos riquezas que no se le han confiado.

Hay, pues, un género de memoria fundada en asociaciones fortuitas, instintiva, que obra en cierta manera independiente de nuestra voluntad, por la combinación accidental de impresiones puramente pasivas, cuyas impresiones nos recuerdan el tiempo, el lugar, la cantidad, la semejanza, el contraste, en fin, circunstancias accesorias que en nada conducen á nuestra instrucción. Esta es la memoria mecánica.

Hay también otro género de memoria, metódica, voluntaria, reflexiva, fundada en el análisis y clasificación lógica de las ideas, la cual conserva en depósito los conocimientos adquiridos, y los reproduce con facilidad y rapidez en tiempo oportuno. Esta es la memoria racional.

Lo mismo que la memoria puede retener las ideas por las relaciones esenciales que existen entre ellas, y por las relaciones fortuitas de simultaneidad ó sucesión, de la propia manera puede conservar las ideas y nociones de que tiene necesidad la inteligencia y los signos convencionales de estas mismas ideas, y esto da lugar á la distinción común é importante de *memoria de cosas* y *memoria de signos y palabras*. La de cosas conserva y reproduce la esencia, el espíritu de las cosas enseñadas; la de signos, la forma ó la letra de la lección. La primera es la misma memoria racional, la segunda participa mucho de la memoria mecánica. Infírese de aquí que la primera es la que principalmente conviene cultivar, y la segunda tan sólo como medio de expresar lo que se haya aprendido; no siendo así, se puede haber aprendido mucho sin saber nada ni poseer instrucción alguna, pues que las provisiones de la memoria no se sujetan al dominio de las otras facultades intelectuales.

Mucho deben fijarse los maestros en esta distinción de la memoria para no dejarse engañar por la instrucción aparente de sus discípulos, quienes suelen repetir las lecciones sin comprenderlas, y para desarrollar estos dos géneros de memoria en la proporción conveniente. Para el desarrollo de la memoria de cosas deberá cuidarse que los niños analicen, aprecien y metódicen las ideas, explicándoles las lecciones con detenimiento,

no consintiendo que las encomienden á la memoria antes de haberlas comprendido. La memoria de signos se ejercita haciendo retener series de fechas ó de hechos, trozos de prosa y verso, después de haber comprendido su significado; de suerte que estos ejercicios han de encaminarse á fijar invariablemente en la inteligencia las fórmulas exactas que expresan las ideas y pensamientos que deben conservarse.

De todo se infiere que la memoria se desarrolla haciendo interesante el estudio para que las impresiones sean vivas y se fije la atención, repitiendo con diverso orden, y dándose cuenta de lo que se aprende. La mnemotecnia ó los procedimientos especiales para desarrollar la memoria, fundados en ridiculas combinaciones de ideas sin relación alguna entre sí, no producen sino una excitación ficticia momentánea de la memoria mecánica. Por lo común exigen más estudio y trabajo estas prácticas del que se requiere para aprender de memoria los mismos hechos que se trata de retener, y de todos modos no sirve más que para sobrecargar esta facultad y falsear la inteligencia. Lo importante, como se ha dicho, es comprender bien lo que se desea grabar en la memoria, repetirlo en varias combinaciones distintas y hacer aplicaciones continuas de lo que se ha aprendido.

IMAGINACIÓN. Esta facultad tiene estrechas relaciones con la memoria, en cuanto que nos representa las ideas ó pensamientos de que ya está en posesión nuestra inteligencia, si bien las representa más vivamente, es decir, de una manera tan eficaz, que nos parece tener ante nuestra vista los mismos objetos que la han producido. Pero no se limita á esto solo, sino que su carácter distintivo y esencial consiste en conseguir lo que desea. Combinando las impresiones de lo pasado, representa objetos nuevos, que no existen más que en nuestra inteligencia, revisiéndolos de formas y colores puramente ideales. Crea seres ficticios, imágenes que no han percibido los sentidos, y que resultan de las ideas adquiridas combinadas bajo las formas más variadas.

La influencia de esta facultad en la vida del hombre es muy provechosa y muy temible, según la dirección que se le imprima. La vaná ambición, y la ilusión temeraria y quimérica, los sueños exaltados de felicidad infundada que conducen al hombre demasiado frecuentemente á la superstición y al fanatismo, al frenesí y la locura, son frutos amargos de una imaginación extraviada. Por el contrario, cuando no se abusa de esta facultad, cuando está bien dirigida, vivifica la inteligencia, ejercita la sensibilidad, exalta los pensamientos, estimula ó encadena la voluntad, y es origen de la industria y el foco de las esperanzas del hombre. Es el alma de la industria, de las artes y de la poesía; es útil á todos, porque el artesano como el poeta necesita dar importancia al trabajo material en que se ocupa, exagerando los resultados que produce, para continuar sus tareas con placer y perseverancia.

Estas razones, cuando no fuese bastante la consideración de

que el Supremo Criador de todas las cosas no ha dispensado al hombre ningún don inútil, aconsejan al maestro que, lejos de comprimir esta facultad, debe procurar desarrollarla en los límites oportunos. Varios medios pueden emplearse con este fin, de los cuales indicamos los más importantes, manifestando antes que además de los ejercicios generales, deben emplearse medios especiales para dirigir esta facultad cuando se encuentra aletargada ó adormecida, y lo mismo cuando tiene sobrada energía ó está demasiado excitada. La humillación, la miseria, la adversidad, la monotonía de la vida ahogan el ejercicio de todas las facultades de la inteligencia, y matan la imaginación precisamente en un estado en que el hombre tiene más necesidad de ánimo y de esperanza. En los niños que se hallan en semejante posición, es necesario desarrollar con solícito esmero la imaginación, como principio de la vida intelectual y moral. Los que por la educación anterior, por su excesiva sensibilidad ó por otra causa cualquiera se dejan arrastrar fácilmente de ilusiones puramente fantásticas, están expuestos á funestos extravíos, y para prevenirlos necesitan también cuidados especiales dirigidos á limitar el vuelo de su imaginación, valiéndose de la acción moderada de la memoria y del juicio.

Desarrollése la imaginación de los niños haciéndoles describir los objetos que han visto ó los que acaban de examinar con este fin, dirigiéndolos en la descripción por medio de preguntas oportunas hechas con orden y método. Las descripciones de objetos curiosos, de animales desconocidos para el discípulo, hechas por el maestro, estableciendo comparaciones con objetos análogos conocidos ya, las imágenes de estos mismos objetos y aun de los que el niño conoce, preguntándole después acerca de lo que se le ha explicado, son también excelentes medios para la cultura de estas facultades, además de servir para propagar nociones curiosas y útiles. Sin salir de los ejercicios ordinarios pueden obtenerse idénticos resultados con las explicaciones de Historia Sagrada, hechas de una manera pintoresca y atractiva, y con las lecciones de lectura, escogiendo trozos en prosa y principalmente en verso, que, sin ser demasiado maravillosos, contengan relaciones agradables y sorprendentes.

Al mismo tiempo que se despierta por estos medios la imaginación como facultad de reproducir las imágenes, se prepara al ejercicio de su poder de combinar é inventar, cuya propiedad se desarrolla por ejercicios particulares. Entre estos tienen aplicación especial en las escuelas elementales los problemas sencillos de varias clases y relativos á distintas materias que pueden proponerse á los niños, las letras de adorno y el dibujo lineal que no se limita á una imitación servil, sino que obliga al niño á representar figuras nuevas, combinando las que sirven de modelo. En las escuelas de instrucción primaria superior puede añadirse á estos ejercicios los de composiciones escritas y las narraciones ó descripciones orales sobre asuntos determinados de antemano por el profesor. Como facultad poé-

tica ó creadora no corresponde su cultura á la educación primaria, ni aunque correspondiese podrían indicarse ejercicios especiales para su desarrollo, pues que depende exclusivamente de la sensibilidad y de la imaginación propiamente dicha de cada uno.

Explicado el modo más conveniente de dirigir esta facultad en su desarrollo y en su acción, resta sólo decir dos palabras acerca del modo de contenerla cuando se manifiesta en los niños una exaltación peligrosa. En ningún caso debe destruirse, pero en muchos deben moderarse sus aspiraciones. La memoria y el juicio sirven poderosamente para reducirla á los límites convenientes: la memoria, cuando conserva con fidelidad las ideas adquiridas, le suministra datos exactos y corrige los errores ó las exageraciones que pudiera haber en los elementos que sirven á la imaginación para las combinaciones que concibe; el juicio, sujetándolos á la prueba de la práctica y comparándolos con las realidades de la vida, descubre lo absurdo y lo inverosímil de las descripciones puramente fantásticas y de las ilusiones desprovistas de fundamento, y habitúa gradualmente á fundar las combinaciones hechas por la imaginación en principios ó hechos verdaderos. Si se acostumbra al niño á comparar las exageraciones de su imaginación con las realidades de la vida; si se destierra de las escuelas la lectura de cuentos maravillosos y absurdos que inspiran temores ó esperanzas quiméricas; si á las lecturas animadas, que pueden exaltar la imaginación del niño desmesuradamente, se agregan reflexiones graves y explicaciones detalladas, no hay que temer nunca el desarreglo de esta facultad, y puede desarrollarse con gran provecho como vivificadora de la inteligencia y de la voluntad.

Juicio. Hemos dicho antes que el objeto principal de la cultura de las facultades intelectuales de que se ha tratado era proporcionar al juicio los materiales que han de servir para sus operaciones, porque en resumen, la facultad de juzgar es la facultad por excelencia del entendimiento humano. Por el juicio se convierten en conocimientos nuestras percepciones; por el juicio venimos en conocimiento de la verdad; por el juicio y raciocinio, ó sea la razón, se distingue el hombre de los animales, y extiende sobre ellos y sobre toda la naturaleza su imperio y superioridad. Excusado es entrar en otras reflexiones para demostrar el esmero con que los maestros deben atender á su desarrollo y dirección.

Hasta cierto punto, el juicio se desenvuelve por sí mismo, sin advertirlo el niño, sin que lo adviertan la madre y el padre que le rodean, sin que lo hayan imaginado siquiera muchos maestros, para quienes son desconocidas las leyes de la inteligencia. En la vida doméstica recibe el niño impresiones, tiene necesidad de pensar, y piensa; en la escuela continúa el mismo trabajo, edifica sobre los cimientos sentados antes, y ensancha gradualmente sus ejercicios. En las escuelas bien organizadas la instrucción por sí sola forma, ejercita y perfecciona esta facultad. Desarrollándose por sí misma naturalmente, el maestro debe

cuidar de dirigirla desde los primeros pasos para que el niño juzgue con rectitud y acierto, á lo que se reduce su principal obligación en esta parte; añadiendo, siempre que sea posible, cuidados especiales, ejercicios directos é inmediatos con el fin de desarrollar tan preciosa facultad.

Débil y limitado en un principio el juicio de los niños, necesita constantemente el auxilio del profesor para descubrir la verdad. Dejándole obrar por sí, debe ayudarle siempre para facilitar el trabajo y hacer más agradable el término de sus tareas. Explicaciones claras, sencillas y graduadas, son los medios que han de poner en juego, pasando de los juicios en que empieza á ensayarse el niño, á los juicios que versan sobre ideas comunes. El niño juzga principalmente acerca de las cosas sensibles, y empieza á ejercitar esta facultad acerca de cosas abstractas. Esta es la marcha que debe seguir también el profesor, y para ello conviene distinguir bien dos clases de juicios: el uno versa sobre los objetos que hacen impresión en nuestros sentidos, al cual se llama juicio de hechos ó de cosas; el otro sobre nuestras propias ideas, es decir, sobre las relaciones de las cosas, el cual se denomina juicio abstracto ó de las relaciones. El primero es el más fácil á los niños, y de consiguiente por el que debe empezar su desarrollo, si bien no pueden separarse completamente estas dos clases de juicios.

La cultura del juicio lleva consigo la de todas las facultades de la inteligencia, pues que le preparan los elementos que escoge y combina, á lo que está reducido todo su trabajo. Por eso los ejercicios del juicio son realmente ejercicios de la inteligencia, por los cuales se desarrolla la atención, la memoria y la imaginación, lo mismo que el juicio.

El niño examina los objetos que le rodean, estudia sus propiedades, y encuentra placer en este trabajo humilde y limitado de su espíritu. Este es el primer ejercicio del juicio que empieza por sí mismo, y que el maestro no tiene más que ordenar y dirigir para que sean claras y distintas las ideas formadas de las cosas sensibles. Comiénzase este ejercicio llamando la atención del niño sobre los objetos que están á su vista en un espacio determinado; los nombra primero como se le antoja, y luego siguiendo el orden que se le indica. Cuando sabe decir los nombres de los objetos que tiene á la vista, se le hace nombrar los que recuerde, con tal que tenga de ellos una idea clara y determinada. Así, se le puede preguntar por todos los muebles de una casa, los utensilios empleados en un oficio ó profesión, lo que sirve para alimentarse, vestirse, entretenerse; los animales y las plantas que puede conocer, diciéndole, por ejemplo: «Nombra animales de dos pies, de cuatro pies, etc.» Las estampas é imágenes representativas de los objetos que no están á la vista pueden servir provechosamente en todos estos ejercicios.

Conocidos ya clara y distintamente varios objetos y los nombres con que se designan, se pasa á hacerle notar las cualidades y propiedades, como la forma, el color, la materia y hacerle enumerar las partes de que constan, indicando la situación de las co-

sas y los sentidos por donde venimos en conocimiento de ellas. Se le dice, por ejemplo: «¿Qué ves en las paredes de la escuela?—Ventanas, carteles, mapas, etc.—¿Qué color tienen, qué forma, qué magnitud?—¿Qué cualidades de éstas pueden descubrirse sin hacer uso de la vista?» Iguales preguntas se le dirigen acerca de los objetos que no están presentes, y de este modo, al mismo tiempo que se desenvuelve la atención y la memoria, se adquiere el hábito de no juzgar á la ligera, sino después de un examen detenido.

Estos dos ejercicios se completan y se hacen más interesantes hablando del origen, del uso y de la utilidad de los mismos objetos. Aunque conocen los niños muchas cosas que tienen que practicar en la vida, ignoran otras muchas que pueden explicárseles, haciéndoles adquirir conocimientos de que carecen hasta hombres instruidos. Por esto se nombra una serie de animales, instrumentos, etc., y se dice: «¿Cuáles de estos animales viven en el agua, en el aire, en la tierra? ¿Para qué sirve tal ó cual objeto? ¿de qué sustancia es? ¿cómo se hace?, etc.» El mismo libro que el niño tiene en la mano da lugar á diversas preguntas, que conducen á hablar de la imprenta, del papel, del modo de fabricarlo, de las sustancias de que se fabrica, de la agricultura, del cuero, del encuadernador, de los útiles que éste emplea, etc.

Como ejercicios que tienden más inmediatamente á desarrollar la facultad de juzgar, se nombran y hacen nombrar objetos que tengan cualidades iguales, otros que las tengan distintas, haciendo notar las comunes á todos y las propias y características de cada uno. Entre una paloma y un perro, por ejemplo, descubre fácilmente el niño que hay de común la vida, pero que se distinguen entre sí en los pies, las alas, el sonido de la voz, etc.

Todos estos ejercicios y otros muchos análogos pueden practicarse con los niños sin que las operaciones de su inteligencia versen más que sobre las ideas que son producto inmediato de las impresiones recibidas por los sentidos. Toda la habilidad del maestro consiste en sostener la atención y hacer agradable el estudio por los medios explicados, y cuidar con esmero de que no se dejen engañar por el testimonio de estos mismos sentidos, efecto de la poca experiencia y de no estar habituados á comprobar la exactitud de las impresiones. Para esto último es preciso enseñar al niño á comprobar y rectificar las impresiones que recibe, apelando al mismo medio de la observación.

Tomamos siempre noticias de las impresiones, tales como afectan nuestros sentidos, y en esto no puede haber error, á no ser por enfermedad de los órganos ó por falta completa de atención; mas no producen las mismas impresiones los objetos colocados en distintas situaciones y circunstancias. Un bastón sumergido en parte en el agua nos parece quebrado, cuando no lo es; un objeto visto de lejos, nos parece de un color y es de otro, de una forma y la tiene diversa de la que presenta á nuestra retina: oímos un ruido que atribuimos al viento, á la tempestad, cuando proviene de un coche que pasa por la calle ó de los tam-

bores que se oyen á lo lejos. En todos estos casos tomamos noticia de las impresiones, tales como realmente llegan á los órganos de nuestros sentidos, y sin embargo juzgamos mal, porque no distinguimos las impresiones verdaderas de las falsas, y nos dejamos ilusionar; de consiguiente, para juzgar no basta ver ni oír, sino que es menester estar seguro de haber visto y oído bien.

La experiencia, cuando llegamos á cierta edad, nos sirve de preservativo contra las ilusiones de los sentidos, y no juzgamos por la primera impresión. Así, oímos un ruido que nos parece producido por un coche, y estamos atentos observando si continúa, antes de juzgar si realmente lo es ó proviene de otra causa diversa. El niño, desprovisto de ideas, sin práctica de comparar las diversas impresiones de las cosas, no procede así, y juzga desde luego de lo que desconoce por lo que ya le es conocido. Experimenta una impresión muy viva y desconocida para él, y desde luego la compara á la más viva que ha experimentado y la atribuye al mismo objeto. Así se explica que un niño que nunca haya tomado helados, la primera vez que los toma sin saber lo que es, exclama: «¡Cómo quema!» La impresión más viva que ha recibido es la del calor, y cree estarla recibiendo entonces. La falta de experiencia nos ha hecho á todos en la infancia atribuir á la luna el movimiento de las nubes que la velan, y así pudiera decirse de otras muchas ilusiones de los sentidos. Las impresiones son verdaderas en la mayoría de los casos; lo falso son nuestros juicios. Cuando dice el niño que ve torcido el bastón que sumerge en el agua, dice verdad, porque así se pinta en su retina; pero si añade que es torcido ó está roto, se engaña, y expresa un juicio falso.

Conviene por tanto prevenir á los niños contra tales errores, en que pueden incurrir á cada momento, habituándolos á comprobar las impresiones de un sentido por el mismo ó por los otros. Cuando se figuran que el bastón sumergido en parte en el agua está roto, lo más fácil para desengañarlos es sacarlo fuera; pero esto no contribuye á formar el juicio por medio de la observación. Si en lugar de esto se hace notar al niño que mirando el bastón por distintos lados cambia de posición la curva, ó que se tuerce en distinto sentido; que mirando á plomo desde el extremo del mismo bastón nos parece recto, y al mismo tiempo más grueso por el extremo opuesto; que levantándose gradualmente en el agua se va enderezando de la misma manera, se habitúa á observar antes de formar un juicio, y á rectificar por sí mismo los errores de un sentido. Si el niño, á pesar de todo, por falta de capacidad ó de atención, no comprendiese el resultado de estas experiencias, se le hace comprobar entonces por medió del tacto. Conservando el bastón sumergido en parte en el agua, pasa el niño su mano de un extremo al otro, y no encontrándose ángulo ni curvatura alguna en el bastón, queda convencido del error de la vista, y reconoce la necesidad de la observación antes de dar asenso á las impresiones de los sentidos.

Practicáanse ejercicios de esta clase con notables ventajas

para la educación en las escuelas alemanas, donde se conocen con el nombre de *ejercicios de la inteligencia*, y en las escuelas de párvulos de todos los países. En estas últimas, destinadas á la educación más bien que á la enseñanza, constituyen el ejercicio principal en que se ocupan todos los niños simultáneamente, dando el profesor á las lecciones formas muy variadas para sostener la atención naciente de los discípulos. No es tan fácil practicar ejercicios especiales con tal objeto en las escuelas elementales, por falta de tiempo, pues que la instrucción que se da en ellas es bastante extensa en proporción á los años que las frecuentan los niños, y es preciso que ocupe la mayor parte de las horas de clase. Sin embargo, ya que en la distribución del tiempo y el trabajo no se destine un lugar para estos ejercicios, se ofrece ocasión oportuna para practicarlos en cualquiera de las enseñanzas, y no debe desperdiciarse el maestro ninguno de los incidentes de las lecciones para hacer aplicación de ellos. Las primeras nociones de aritmética, gramática, escritura, lectura, dan motivo á que el maestro habitúe los discípulos á la observación, y á ejercer la facultad de juzgar, ya con el mismo estudio, ya interrumpiéndole en ocasión oportuna para preguntar á los niños sobre los objetos á que se refieren las lecciones.

Si bien los primeros estudios y ejercicios intelectuales del niño versan sobre los objetos que impresionan los sentidos, no por eso deja ya de empezar, aunque en muy estrecho círculo, á juzgar de ideas abstractas. Los más sencillos elementos del cálculo y de la gramática requieren la intervención del juicio abstracto. El tablero contador, los procedimientos casi enteramente mecánicos empleados en la enseñanza de la gramática y otras materias, no tienen más objeto que el de dar forma y color á las ideas abstractas, que no están al alcance de los discípulos. Así que, á medida que el niño adelanta, precisamente á medida que se desarrolla la inteligencia, disminuyen los medios materiales empleados como auxiliares en la enseñanza. Si no bastase la razón, la experiencia demuestra también que las escuelas dirigidas por este orden son las que presentan más brillantes resultados; en los primeros ejercicios se materializan, si puede decirse así, las ideas; luego se destierran progresivamente los procedimientos mecánicos para que el discípulo no se habitúe á ellos, haciéndole poner en juego todas las facultades de su inteligencia á proporción que adquieran el poder suficiente para ejercitarse.

Infiérese de aquí que cuando el niño adquiere facilidad para juzgar de las cosas, y se acostumbra á comprobar estos juicios, no hay que dar más que un paso para que pueda ocuparse su inteligencia en otro orden de ideas. Conviene, sí, que en este tránsito se proceda con mucha prudencia y parsimonia, graduando bien los ejercicios, y adelantando con mucha lentitud. Los mismos ejercicios de que se ha hablado anteriormente tienen aplicación después, sin más diferencia, sino que han de versar sobre las ideas y las relaciones. Sin variar el orden ni la

graduación enunciada pueden variarse los elementos sobre que recaen los actos de la inteligencia, y partiendo de los asuntos más comunes se pasa insensiblemente á los más difíciles; cuidando siempre de que, al desarrollar el juicio, se den á los niños conocimientos útiles y de provechosa aplicación. Después de los ejercicios de comparación, por ejemplo, entre los objetos sensibles, se pasa con facilidad á comparar objetos morales, guardando bien las dificultades. Puede preguntarse por la diferencia entre un hombre negligente y otro cuidadoso; qué hay de común entre el económico y el avaro; en qué se distingue el error y la mentira, etc. Investigando las relaciones que existen en las cosas, se puede hacerles comprender lo que es causa y efecto, lo que son los medios y el fin, y luego hacer comprender algunas ideas generales, como necesario, accidental, falso, verdadero, verosímil, etc. Comprendidas bien estas ideas, y adquiridas por la percepción sensible, se les habitúa á calificarlas según el orden de relación que existe entre ellas. Por último, se les hace analizar frases, resolver problemas cada vez más difíciles, llamando siempre la atención sobre el significado de las palabras. De esta manera, el juicio de las cosas y el juicio abstracto marchan en armonía, dando á este último mayor ensanche á medida que el primero se va desenvolviendo.

En estos ejercicios es de mucha importancia que la actividad intelectual del discípulo esté constantemente en acción. Cuando no descubre desde luego una cosa, no encuentra la solución de un problema, ó no contesta á las preguntas que se le dirigen, enterado el profesor de que ha comprendido el sentido y los términos de la cuestión, le da tiempo para resolverla, le auxilia por medio de preguntas indirectas, sin explicar lo que no comprende hasta que ninguno de los niños de la sección acierte á contestar. Así, el placer que resulta de descubrir lo que busca le hace agradable el estudio, y conociendo el poder de sus propios recursos, aumentará la actividad y resolución de su espíritu.

Como ya se ha dicho antes, la instrucción forma naturalmente el juicio; no obstante, en la mayor parte de las escuelas no sucede así, por la razón sencilla de que se cuidan poco los maestros de que comprendan los niños lo que se trata de enseñarles, y se dan por satisfechos de que lo aprendan de memoria, porque esto es menos trabajoso para el profesor. Desde Niémeyer, que hizo esta observación, todos los que han tratado de pedagogía convienen en que este descuido es la causa principal del poco fruto que se saca de la enseñanza de las escuelas, tanto por lo que toca á la adquisición de conocimientos, como á la cultura intelectual. A este propósito dice De-Gerando: «Los consejos propios para formar el juicio están comprendidos en esta regla: hágase que conciba claramente el niño lo que juzga.»

Después continúa: «Cuidese ante todo de que el niño no emplee las palabras sino en su propio sentido. El abuso de las palabras es el mayor escollo de la niñez, y es más fácil y necesario

prevenirlo que reprimirlo. El verdadero medio de evitarlo consiste en cuidar que desde un principio no se admitan ni empleen las palabras sino en una significación clara y exacta. Aprendiendo mal nuestra lengua materna, empezamos á falsear nuestros juicios sin advertirlo.

» Parece que los niños conocen la lengua materna cuando llegan á la escuela, y no obstante la han aprendido al acaso. Se han apresurado á recibir las palabras que han oído, y muchas no representan para ellos ninguna idea, y son muy pocas las que les representan su valor verdadero; de consiguiente, es menester principiar de nuevo este aprendizaje de la lengua materna. Bajo la dirección del maestro deben aprender á dar á las cosas sus verdaderos nombres, sin que sea necesario para esto revisar en un diccionario todos los términos de la lengua. Cada momento se ofrecerá ocasión oportuna de apreciar si distingue bien el niño el significado de las palabras de que hace uso, y para conducirle á que lo complete ó lo rectifique en caso necesario. Cuando hable sin saber lo que dice, no se le debe dejar pasar sin que por medio de preguntas se le haga conocer su error. Si se persuade que hablaba de una cosa superior á sus fuerzas, aprenderá á abstenerse; si, por el contrario, está en disposición de comprenderla, se le dirige á que la conciba. De todos modos, vale más que él corrija las equivocaciones por su reflexión propia que por las correcciones del maestro.»

La práctica de enseñar á los niños las cosas sin que las comprendan, ya por ser superiores á su inteligencia, ya por falta de las explicaciones necesarias, es la causa principal de los juicios falsos. Entre las demás causas que pueden concurrir á falsear el juicio, se cuentan la precipitación y las pasiones. Poco dispuestos los niños á fijar su atención sino por breves instantes, se contentan con examinar las cosas bajo un solo aspecto, sin pasar de la superficie, y así creen tener un conocimiento completo de los objetos, cuando apenas distinguen las cualidades más aparentes y sensibles. Su vanidad suele también influir en esto mismo, porque complace y halaga la prontitud en juzgar, y se hace por lo común sin bastantes conocimientos para ello por falta de una atención sostenida. Las pasiones en la niñez, como en todas las edades de la vida, ofuscan el entendimiento y envuelven con falsos colores los objetos sobre que versan nuestros juicios. Así es que no los vemos sino de la manera que nos interesan ó halagan. En todo esto debe, pues, el maestro tener un cuidado, que nunca podrá ser excesivo, para que la inteligencia ejerza con provecho y acierto todas sus operaciones.

El mismo orden seguido en el desarrollo del juicio conviene seguir en el ejercicio del raciocinio, que, como se ha dicho, no es más que una serie de juicios sujetos á ciertas leyes. Desterrando la rutina en la enseñanza, explicando al niño la razón de las cosas, y exigiéndole en tiempo oportuno que él mismo la encuentre, se habitúa gradualmente á inducir ó deducir unos juicios de otros. Sin acudir á las reglas de la lógica, aun ignorando que existen estas reglas, el maestro habitúa al discípulo

á raciocinar dentro de un círculo muy estrecho, que no le es permitido traspasar, porque la inteligencia no tiene otro desarrollo necesario, haciéndole ver al mismo tiempo la debilidad de la razón.

Así se familiariza el discípulo con los objetos del mundo exterior y material que le rodean, y á proporción que adquiere robustez y fuerza la inteligencia con la contemplación de estos objetos, experimenta la necesidad de replegarse sobre sí mismo, y se habitúa á examinar su interior, todas las emociones del alma y todos los movimientos del corazón. Acostumbrado á fijar la atención en sí mismo, aprende á conocerse y á dominarse, circunstancias indispensables para su perfección y requisitos necesarios del mejoramiento moral.

§ III.

Graduación de la enseñanza según el desarrollo natural de la inteligencia.

Infiérese de cuanto se ha expuesto anteriormente el orden que conviene seguir en la enseñanza y en la educación intelectual de la niñez, y parecerá hasta cierto punto inútil entrar en reflexiones especiales, que no comprenden otros tratados de pedagogía. Mas las prácticas erróneas, sostenidas con terquedad por algunos maestros, nos inducen á considerar de grande importancia este asunto y á dedicar algunos renglones á dilucidarlo.

Cada una de las facultades de la inteligencia domina principalmente en una época determinada de la vida: la memoria es la facultad dominante de la infancia; la imaginación, de la adolescencia, y el juicio y el raciocinio, de la edad viril. Esto es un hecho que no puede ponerse en duda, así como tampoco que el orden de generación de las facultades mentales sea sucesivo. Pero ¿se deduce legítimamente de esta verdad que en la niñez sólo debe cultivarse la memoria como se practica por rutina en tantas escuelas, y como defienden tantos maestros rutinarios, cerrando los ojos á la luz de la razón y la experiencia? Pues qué, ¿no ejercen los niños, aunque en limitada esfera, la facultad de juzgar, que es la última en desarrollarse? ¿Sería conveniente abandonar el ejercicio de las otras facultades mentales hasta la época en que pueden adquirir mayor fuerza y energía? ¿Por qué no ha de seguirse en la educación intelectual una marcha análoga á la seguida en la educación física? Así como se ejercitan las fuerzas corporales del niño mucho antes de que puedan alcanzar su completo desarrollo, debe excitarse y dirigirse las facultades mentales desde el momento en que empiezan á manifestarse, para que en la época oportuna puedan adquirir el vigor y robustez necesarias, tanto para el estudio como para los asuntos comunes de la vida. Hacer otra cosa, li-

mitando las primeras lecciones de la escuela á la lectura solamente, como se prevenía en el reglamento de 1825, es un absurdo, que no se concibe que pudiera ocultarse al autor de aquel documento ni á los defensores de semejante práctica. Así no se logra más que embrutecer á los niños ocupándolos tres horas seguidas en ejercicios monótonos de un estudio exclusivo, cuando entre todas las enseñanzas del programa de instrucción primaria no hay una sola cuyos rudimentos no puedan comprender y retener los de más corta edad. Todo consiste en proporcionar las lecciones al grado de desarrollo y de fuerza propia de la edad y de la aptitud de los discípulos. Y no se diga que es esto una teoría impracticable, porque las escuelas de párvulos acreditan la verdad de semejante doctrina. Allí se ocupan los niños en el cálculo, en la geometría, en la geografía, en la historia natural, y adquieren otros conocimientos comunes ó usuales que ignoran muchos hombres. Siendo esto así, como lo es, ¿puede haber razón alguna legítima para no practicar lo mismo en las escuelas elementales, enseñando cuando menos las materias que abraza el programa oficial, con el fin de desarrollar natural y armónicamente todas las facultades de la inteligencia?

Pondérase generalmente la dificultad de que los niños se ocupen en la escritura antes de saber leer, la imposibilidad de dedicarlos al estudio de la aritmética y la gramática; y no se comprende que la lectura es más difícil que la escritura, y que el sentimiento de las formas y de los números se desarrolla antes que todos los demás. Observando lo que pasa en las escuelas de párvulos, que citamos como ejemplo vivo y palpable, encontraremos la prueba más convincente. ¿Qué es lo que más fácilmente aprenden los niños en estas escuelas, y por tanto lo primero que se les enseña? Antes de aprender á leer, ¿no saben los puntos cardinales, las provincias de España, los caracteres más sobresalientes de los seres de los tres reinos de la naturaleza? ¿No cuentan y hacen operaciones sencillas de aritmética? ¿No conjugan los verbos? ¿No dibujan antes de escribir? Estos son hechos que no dejan la menor duda y que convencen hasta la evidencia al que teniendo ojos y oídos quiera ver y oír, por más que la ignorancia ó la preocupación, engendrada por la rutina, obscurecen la verdad que nos demuestra el raciocinio. Por eso, aun suponiendo que fuese conveniente ocupar á los niños de más corta edad en un solo estudio, sería desacertado, sería absurdo empezar por el de la lectura, según se practica en las escuelas que quieren tener la supremacía sobre las demás. La enumeración que la ley y los reglamentos hacen de las materias que abraza la instrucción primaria elemental, está basada en el orden de importancia de estas materias, no en el orden de prioridad que ha de seguirse en la enseñanza, ni en el de la adquisición natural y lógica de las ideas. A no ser así, de seguro que no ocuparía la lectura el segundo lugar, porque para leer se requiere una multitud de operaciones de nuestra mente. El conocimiento de las letras, además de la memoria,

exige grande atención; el de las sílabas supone la idea del valor de cada letra de por sí y del sonido que resulta de unirla con otra ú otras; y para la lectura de las palabras es indispensable saber el sonido de las letras, ya aisladas, ya reunidas entre sí, y la combinación de las sílabas. Para leer una sola palabra es preciso referir la figura de cada letra al sonido que representa, saber las combinaciones de las vocales y consonantes de que consta, y componiéndose de varias sílabas cada palabra, se necesita un crecido número de juicios para leerla con exactitud, aun prescindiendo de la idea que representa, es decir, concretándonos á la lectura mecánica.

Si fuese conveniente ocupar á los niños en una sola enseñanza, debiera empezarse por las más fáciles, cuales son el dibujo lineal y la escritura. Para estos ejercicios únicamente se requiere la facultad de imitar, que puede considerarse hasta cierto punto como instintiva, y la acción de los órganos de los sentidos; porque los niños, una vez que vean las figuras, las reproducen desde el momento que los órganos adquieren fuerza y flexibilidad, cualidades que se manifiestan suficientemente desde la edad de seis años. La doctrina cristiana, los rudimentos de geografía y de historia, el conocimiento de las líneas y de las figuras geométricas, las más sencillas nociones de historia natural, debieran seguir después como estudios en que tiene aplicación especial la memoria; y por último, todas las enseñanzas en que interviene principalmente el juicio, como la perfección en la lectura, la gramática y aritmética razonada, etc. Este sería el orden lógico del estudio si hubiese de atenerse en un todo al mayor ó menor dominio de cada una de las facultades de la inteligencia en las diversas enseñanzas. Pero si es cierto que en cada una de ellas domina principalmente determinada facultad de la inteligencia, ¿puede concebirse el ejercicio de ninguna de éstas independientemente de las otras? ¿Es posible formarse idea ni aun de las cualidades más aparentes de los objetos, como la forma, el color, etc., sin que intervengan la atención, la memoria, la facultad suprema de juzgar y en la mayoría de casos la imaginación? Todas estas facultades, en mayor ó menor grado, se manifiestan pronto en los niños, y todas ellas deben cultivarse en la proporción conveniente, á cuyo fin, desde el primer día que se presenta un niño en la escuela, está obligado el maestro á ocuparle en todas las enseñanzas comprendidas en el programa de estudios. La aritmética y la gramática, que son las que más se resisten al niño si se trata de hacer de ellas un estudio riguroso, son fáciles y se sujetan á su comprensión por los métodos sencillos que dan forma y color, si puede decirse así, á las abstracciones. Tal es el medio de poner en juego proporcionalmente á su desarrollo y simultáneamente las facultades de la inteligencia, de hacer variado y por tanto agradable el estudio, y de preparar á los discípulos para aprovechar después, cuando se dedican á él con más formalidad y rigorismo.

La variedad de estudios, consiguiente al progresivo des-

arrollo intelectual del niño, no consiste en la variedad de las materias de enseñanza, sino en la variedad de ejercicios. El círculo de la enseñanza debe agrandarse sin cesar por zonas concéntricas; pero no introduciendo nuevos ramos de instrucción, sino ensanchando los que desde un principio se comprenden en el centro, del cual parten como radios, y van extendiendo gradualmente sus límites, de la misma manera que se separan los radios á medida que se prolongan. Lejos de ser un inconveniente ocupar á los niños en varios estudios á la vez, es una ventaja grandísima, porque ofrece el medio de introducir la variedad, tanto más necesaria, cuanto menos desenvuelta se halle la inteligencia.

Deben ser cortas las lecciones de los niños, porque su atención es rebelde y fugaz en los primeros años, y el entendimiento poco activo; y al mismo tiempo deben repetirse con frecuencia, porque siendo en tan crecido número las impresiones nuevas de los objetos que los rodean, se borran mutuamente. Conviene seguir en las lecciones la misma regla que en los alimentos: al principio se usan éstos en corta cantidad, y se toman á menudo para que se verifique pronto y bien la digestión, y á medida que adquiere mayores fuerzas el estómago, se aumenta la dosis y se reducen á menor número las comidas; del mismo modo, cuando son cortas las lecciones, las comprenden bien los niños, y vuelven á estudiarlas con gusto, y á proporción que se desarrolla su inteligencia, están más dispuestos á ocuparse individualmente y por más largo tiempo en meditarlas, y de consiguiente necesitan menos lecciones, pero más lógicas y profundas.

Para seguir este método en la enseñanza conviene distribuir los niños en tres grandes divisiones, las mismas de que habla el reglamento tratando de las escuelas simultáneas, con la única diferencia de que no debe tomarse por punto de partida sólo la edad, sino también el desarrollo de la inteligencia y la instrucción. La primera debe comprender las secciones inferiores, la segunda las intermedias, y la tercera las superiores. Cada una de estas divisiones constituye un grado distinto y requiere una clase de ejercicios, por más que la enseñanza de todas ellas verse sobre los mismos objetos de estudio. Así, sin dejar de ejercitar todas las facultades de la inteligencia, se puede dar á cada una el grado de desarrollo conveniente, según la edad y la aptitud intelectual del discípulo.

Las circunstancias y disposiciones particulares de los niños, correspondientes á cada una de las divisiones, determinan el régimen y dirección más conveniente y provechoso. El movimiento, la curiosidad, cierta independencia á que estaban habituados en medio de su familia, la distracción, la debilidad de entendimiento, son las cualidades características de los discípulos de la primera división. Conviene, por tanto, prevenir los movimientos espontáneos de estos niños, y acomodar la enseñanza á su aptitud, haciendo que las lecciones sean cortas y frecuentes, y los ejercicios variados y agradables. El maestro

se limita á excitar la acción de la inteligencia y preparar su desarrollo, evitando la explicación de reglas abstractas y el encomendarles estudios individuales. El niño no tiene aptitud suficiente para trabajar por sí mismo, y necesita constantemente la palabra animada del maestro; el cual, por medio de explicaciones sensibles y minuciosas excita la curiosidad, despierta la atención, y estimula y anima, facilitando el trabajo. La instrucción de este primer grado se reduce á rectificar las ideas adquiridas en la educación doméstica, y procurar la adquisición de otras acerca de los más sencillos elementos de lo que debe estudiar más tarde; á excitar y dirigir las fuerzas nacientes, como la atención y el deseo y capacidad de aprender.

Preparados de esta manera en la primera división, pasan á la segunda cuando empieza á calmarse la agitación de los sentidos, cuando es menos apremiante la propensión al movimiento y á la variedad, y cuando tiende á fijarse el espíritu en los objetos de estudio. Entonces deben prolongarse las lecciones y repetirse menos, dándoles una forma más seria y rigurosa, abandonando gradualmente los procedimientos mecánicos y haciendo un uso prudente de explicaciones abstractas. El niño puede dedicarse á trabajos individuales sucesivamente más largos para ejercitar y medir sus fuerzas, y se halla en aptitud de recibir una verdadera instrucción. En tal estado, debe imponerse en los principales deberes de la moral y religión, aprender las operaciones más importantes de la aritmética, las reglas de la analogía y ortografía, y aun parte de la sintaxis, y la lectura corriente y escritura usual, como conocimientos instrumentales necesarios para la instrucción ulterior.

En la tercera división, los niños, cuya inteligencia ha adquirido nuevas fuerzas por medio de los ejercicios precedentes, pueden ocuparse en trabajos individuales más profundos, y reunen la disposición intelectual necesaria para completar la primera enseñanza. Las lecciones deben encaminarse á rectificar y ampliar los conocimientos de que pueden hacerse aplicaciones útiles en la vida, á ejercitar la razón, á aprender, á instruirse y á dirigirse cada uno por sus propias fuerzas. Por este medio es como se prepara el niño á obrar después como hombre.

Cada una de las tres divisiones exige explicaciones distintas, lecciones especiales, ejercicios diferentes; y, sin embargo, en todas se puede y debe tratar de las mismas materias de enseñanza, á fin de que la cultura de las facultades mentales sea simultánea y proporcionada al desarrollo de cada una, y de que adquiriendo el niño unos conocimientos, se prepare gradualmente á la adquisición de todos los que son objeto de la instrucción primaria.

CAPÍTULO V.

EDUCACIÓN MORAL.

§ I.

Su importancia y objeto.

Hemos dicho antes, al tratar de la educación en general, que todas las facultades del hombre deben cultivarse en completa armonía, que la salud del cuerpo es condición indispensable para el estudio, y que la cultura, tanto física como intelectual, concurre poderosamente á la educación moral, al paso que esta última hace fructificar los gérmenes de las fuerzas físicas y de la inteligencia, y completa toda la educación. Ninguno de los dones dispensados al hombre por el Criador son inútiles, y ninguno debe descuidarse, por la influencia recíproca que ejercen entre sí; pero entre todos, la razón y la libertad distinguen al ser racional de los demás animales, y son los atributos esenciales que lo ennoblecen y lo elevan á tan alta esfera, que lo hacen semejante al mismo Dios. La educación moral nos dispone á hacer buen uso de estos dos atributos de la naturaleza humana, y en esto consiste su excelencia y la importancia que tiene sobre las demás partes de la educación, consideradas cada una de por sí. La educación moral nos da aptitud y disposición para seguir las reglas impuestas á la libertad, de acuerdo con la razón, cuyas reglas gobiernan la conducta del hombre, dirigen nuestras costumbres, haciéndonos conocer nuestro destino, enseñándonos nuestros deberes y derechos, la ciencia del bien y el mal, y de la virtud y el vicio.

La instrucción y los talentos, cuando la conciencia moral no se halla por lo menos al mismo nivel, son dones funestos al que los posee y á la sociedad de que ha de formar parte. Sólo la conciencia puede utilizar los dones dispensados al hombre y a asegurarle una felicidad interior, independiente de todos los accidentes y desgracias de esta vida. La instrucción en manos de un hombre corrompido es un arma terrible, de que se vale para el logro de sus perversos fines; aunque para el que está dispuesto á amar el bien, para el hombre virtuoso, es la ciencia un eficaz elemento de moralidad y el natural auxiliar de la religión. No basta ilustrar la inteligencia para llegar al conoci-